

Las escritoras en la revista *Sur*: un ejercicio de recuperación de la memoria literaria



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

Nora Pasternac*

Resumen: En este texto se hace una revisión de los artículos escritos por mujeres y relativos al tema de la mujer que se publicaron en la revista *Sur*, confrontándolos en ocasiones con los realizados por escritores varones. Se destaca, además, que en la revista participaron muy pocas mujeres.

Palabras clave: Victoria Ocampo, *Sur*, literatura femenina.

Desde sus primeros años adolescentes hasta su muerte, la condición de la mujer preocupó a Victoria Ocampo, fundadora y directora de la célebre revista.¹ Por lo tanto, el problema no podía estar ausente de la publicación.² En el volumen dedicado a los derechos del hombre,³ Victoria Ocampo escribe una Introducción centrada en los derechos de las mujeres para contrastar el desarrollo desigual. Mucho más tarde habrá un número especial orientado a la mujer. Pero veamos cómo se presenta la cuestión en los años de las décadas de los treinta y de los cuarenta, hasta antes de la implantación del peronismo.⁴

* Profesora del Instituto Tecnológico Autónomo de México. Correo electrónico: pasternacman@laneta.apc

¹ Hay varias biografías de la directora de *Sur* que cuentan con detalle su participación en los movimientos de emancipación femenina argentinos: Meyer, 1981; Ayerza y Felgine, 1991; Vásquez, 1991. Véase también Pasternac, 1995, pp. 11-24.

² Considero sobre todo la época de la revista que abarca desde 1931, fecha de aparición del primer número, hasta mediados de la década de 1940.

³ *Sur*, 190-191, agosto-septiembre de 1950, con el siguiente subtítulo: "Cuaderno San Martín, dedicado a los derechos del hombre"; véase "Introducción" de Victoria Ocampo, pp. 7-9.

⁴ Periodo que plantea una serie de problemas nuevos para la revista; ésa es la razón por la que en este estudio me detengo en 1945.

En esos años Raúl González Tuñón publica un texto que nos muestra claramente cómo era percibida Victoria Ocampo —ya que la alusión es evidente— y las otras participantes de la empresa de *Sur*:

¡Te quiero, oh mi perfecta ignorante!
No conoces a Keyserling e ignoras
el volumen de la tierra —a decir verdad,
lo mismo me acontece, señores—.
Ni siquiera has leído a Tagore, a la Mistral
y a Nervo, esos ídolos de las mujeres
que no saben besar ni hacer crochet,
y escriben versos para nuestro mal
(González Tuñón cit. por Sarlo, 1988: 69).

Por su parte, el diputado socialista Alfredo Palacios afirma:

Partiendo de la realización de las funciones biológicas, hay incompatibilidad entre ellas y el trabajo fuera del hogar, que se efectúa a costa de la maternidad... Yo abrigo la persuasión de que algún día, la mujer no irá al taller, a la fábrica, a la oficina, concretándose a su noble labor de madre que sugiere ideales a sus hijos, dentro del hogar, manteniendo permanente el fuego sagrado de ese santuario, realizando así una actividad socialmente útil... (Palacios, 1942: 247).

Tanto Raúl González Tuñón como Alfredo Palacios son considerados dos hombres de ideas avanzadas de izquierda. En ese ambiente, el triunfo de Victoria Ocampo al publicar y persistir con su revista cobra los caracteres de una hazaña.⁵

El primer artículo en el que se toca el tema de la mujer es de Victoria Ocampo misma y aparece en un número de 1935 (Ocampo, 1935a: 25-40).

Como su título lo indica, se trata de la necesidad de expresión de la mujer en tanto escritora. Victoria Ocampo comienza estableciendo una disparidad fundamental entre hombres y mujeres. Con mucho adelanto para su época, plantea la diferencia entre los dos sexos: los varones monologan, las mujeres ejercen ese "intercambio que es la conversación". En su relación con el hombre, éstas se han "resignado a repetir, por lo común, migajas del monólogo masculino disimulando a veces entre ellas algo de su cosecha" (Ocampo, 1935a: 29). Para la autora ha

⁵ La revista se publicó regularmente hasta 1970; a partir de esa fecha, y hasta comienzos de los noventa, de manera irregular. Alcanzó más de 350 números en su larguísima existencia. Para una historia de la revista hasta 1970, véase King, 1989.

llegado el momento de reconocer que: "El monólogo del hombre no me alivia ni de mis sentimientos, ni de mis pensamientos. ¿Por qué resignarnos a repetirlo? Tengo otra cosa que expresar. Otros sentimientos, otros dolores han destrozado mi vida, otras alegrías la han iluminado hace siglos" (Ocampo, 1935a: 29).

Frase en la cual se percibe un motivo contemporáneo de las reivindicaciones femeninas: diferente percepción del mundo, diferentes experiencias, derecho a la diferencia.

Sin embargo, la tradición de inferioridad pesa demasiado sobre la mujer. Y la autora no ve otro modo de luchar contra ella que dar a éstas una instrucción tan sólida y tan cuidada como la de los varones "y respetar la libertad de la mujer exactamente como la del hombre".

En esta declaración reconocemos las primeras reivindicaciones en favor de las mujeres durante el siglo XIX y las décadas iniciales del XX, que ponían toda su fe en el acceso de las mujeres a la educación. El lema es viejo y moderado, pero la cita ridiculizadora de González Tuñón prueba cuanto temor puede sentir un hombre ante el simple acceso femenino a la cultura.

Personalmente, Victoria Ocampo defiende sobre todo la posibilidad de una literatura de su género:

Es fácil comprobar que hasta ahora la mujer ha hablado muy poco de sí misma, directamente. Los hombres han hablado enormemente de ella, por necesidad de compensación sin duda, pero, desde luego y fatalmente, a través de sí mismos. A través de la gratitud o la decepción, a través del entusiasmo o la amargura que este ángel o este demonio dejaba en su corazón, en su carne y en su espíritu. Se les puede elogiar por muchas cosas, pero nunca por una profunda imparcialidad acerca de este tema. Hasta ahora, pues, hemos escuchado testigos de la mujer, y testigos que la ley no aceptaría, pues los calificaría de sospechosos. Testigos cuyas declaraciones son tendenciosas. La mujer misma, apenas ha pronunciado algunas palabras. Y es a la mujer a quien le toca no sólo descubrir este continente inexplorado que ella representa, sino hablar del hombre, a su vez, en calidad de testigo sospechoso (Ocampo, 1935a: 36).

En nombre de ese proyecto, Victoria Ocampo aproxima los acontecimientos mundiales, y en particular la Guerra Civil española, a la situación de las mujeres: así como la guerra de España necesita de la solidaridad, ella reclama ese derecho entre todas las mujeres de la tierra.

Es interesante observar el lugar que Victoria Ocampo le da a la maternidad en sus proposiciones. Por un lado señala que "la más completa expresión de la mujer" es el niño, a quien da a luz no sólo material sino espiritualmente. En ese

proceso se encarga de educar al infante y de hecho eso significa moldear a la humanidad entera y dejar su sello impreso en ella. Por otro lado, en su conclusión, coloca a la maternidad en un lugar parcial: "la mujer [...] un ser enriquecido al que le sea posible la expresión total de su personalidad (no sólo su expresión fisiológica)" (Ocampo, 1935a: 36).

La siguiente colaboración que se ocupa del tema es también de Victoria Ocampo. Su título, "El esbozo de una vida" (Ocampo, 1935b: 40-51), está tomado del volumen que Gina Lombroso —la hija de César Lombroso, el criminalista— dedica a su joven hijo Leo Ferrero, muerto prematuramente.

No obstante, el libro es un pretexto para evocar el tema de la mujer. El artículo está claramente dividido en tres partes; la primera trata sobre la maternidad deseada y consciente, opuesta a la fatalidad fisiológica incontrolada: "[Al lado de una joven madre] se sentía más bien la tentación de encontrar que eran la gran mayoría de las mujeres (las que ponen en el mundo a los hombre sin saber bien cómo ni por qué y sin que intervenga el 'querer' o el 'no querer') las que no eran naturales" (Ocampo, 1935b: 42).

La segunda parte del artículo reseña el libro de Gina Lombroso y el ascendente que una madre puede tener en la futura conducta de los varones hacia las mujeres. Con lo cual se ejemplifica la tesis del artículo anterior sobre la influencia de las mujeres en la educación de los hijos. Por supuesto, la actitud de la madre es totalmente positiva en el joven Leo.

La última porción del texto está consagrada a una crítica enérgica contra los programas de natalidad forzada de la Italia fascista y la Alemania nazi: "La actual tendencia regresiva de algunos países que se jactan de muy civilizados, principalmente Italia y Alemania, a reducir a la mujer a su más elemental expresión, al mero papel de hembra prolífica en perpetua gestación, se erige en amenaza contra la cultura" (Ocampo, 1935b: 48).

A partir de esa afirmación, el razonamiento de Victoria Ocampo se vuelve sorprendentemente político, encendido, lleno de signos de interrogación y admiración: la mayor natalidad dará más soldados a la Patria (escrito con mayúsculas por la autora para acentuar la ironía), o sea, una masa de hombres que irán al matadero "sin un pensamiento que no sea la obediencia ciega"; por lo tanto, las mujeres deben oponerse a esa política y a la guerra.

Victoria Ocampo percibe su cambio de tono, e incluso la contradicción, con sus reiteradas propuestas de no ocuparse de la política concreta: "Sin que haya podido impedirlo, la lectura del libro de Gina Lombroso y el recuerdo de una americana rubia, inclinada sobre una niña que no quería mostrarnos el color de sus ojos, me han hecho tomar un tono que tiene muy poco que ver con la crítica literaria. No me disculpo de ello" (Ocampo, 1935b: 51).

Inmediatamente después, en los números 15, 16, 17 y 18, aparece en cuatro partes el texto completo de *Un cuarto propio* de Virginia Woolf, traducido por Jorge Luis Borges, libro que luego la Editorial Sur publica a fines de 1936. Sobre este texto fundador de Virginia Woolf se ha discutido abundantemente,⁶ y en el interior de la revista ocupa el lugar de un manifiesto y de una requisitoria. Recordemos que se publicó por primera vez en 1928, y en una lectura actual no ha envejecido tanto como pretenden algunas críticas feministas que lo consideran excesivamente moderado para nuestro tiempo. Su reivindicación de espacios materiales y simbólicos para la mujer todavía no ha sido totalmente satisfecha. Y aún es muy actual la minuciosa descripción deliberada y provocativamente "femenina" de las comidas servidas en las universidades masculinas, refinadas y prósperas, y la tristeza de la compota de ciruelas pasas de la universidad para mujeres que debe administrar un presupuesto exiguo y precario.

Virginia Woolf propone para la literatura escrita por mujeres (y también por hombres), la puesta a la luz de lo que es realmente la vida de las mujeres;

Hay que registrar todas esas vidas infinitamente oscuras [...] y seguí recorriendo con la imaginación las calles de Londres, sintiendo en el pensamiento, la presión de la mudez, la acumulación de vidas ignoradas, ya de mujeres en las esquinas con los brazos en jarras, y los anillos incrustados en los dedos gordos, hinchados, charlando con una gesticulación como el vaivén de las palabras de Shakespeare; o de las vendedoras de violetas y de fósforos y viejas arrugadas paradas en las puertas de calle; o de muchachas a la deriva, cuyos rostros como olas bajo el sol o las nubes, anuncian la llegada de hombres y mujeres, y las luces parpadeantes de las vidrieras. Todo eso deberás expresar [...] con la antorcha firme en la mano. Sobre todo, deberás iluminar tu propia alma con sus profundidades y trivialidades y sus vanidades y sus larguezas, y decir el sentido que tu belleza o tu fealdad, tienen para ti, y qué relación tienes con el mundo vertiginoso y siempre cambiante [...] Porque todos tenemos en la nuca una mancha del tamaño de un chelín que nunca podemos ver. Es uno de los buenos servicios que un sexo puede hacer al otro: describir esa mancha del tamaño de un chelín en la nuca (Woolf, 1936: 57-58).

A pesar de que Virginia Woolf sostiene la necesidad de acentuar las diferencias entre los hombres y las mujeres, incluso en la educación, pues de lo contrario todo un segmento del poder creador (el distintivo y especial de las mujeres) se perdería, al final de su artículo propone la conocida "androginia" del escritor:

⁶ Véase, entre muchos otros, Barrett, 1980 y Showalter, 1977.

Hasta en un hombre la parte femenina del cerebro debe ejercer influencia; y tampoco la mujer debe rehuir contacto con el hombre que hay en ella. Ésa tal vez fue la intención de Coleridge cuando dijo que una gran inteligencia es andrógina. Cuando se opera esa fusión, la mente queda fecundada y dirige todas sus facultades. Quizás una mente del todo masculina no puede crear, así como tampoco una mente del todo femenina, pensó (Woolf, 1936: 65).

Este texto de Virginia Woolf debió dejar perpleja a una buena parte de los colaboradores de *Sur*, e indiferente a la otra, porque no hay ninguna reseña sobre el libro cuando fue publicado, así como tampoco nadie, salvo Victoria Ocampo, menciona o retoma jamás el problema a partir de las proposiciones de la escritora inglesa.

Hay momentos en que el tema de la mujer parece sufrir un retroceso en *Sur*; éste es el caso de un artículo de Gregorio Marañón (1937: 61-91). Este trabajo suscitaría una gran cantidad de observaciones sobre los varios temas de los que se ocupa. Por ejemplo, su tratamiento lleno de prejuicios sobre el problema de las masas, o el de los instintos, que es una contrapartida de todo lo observado por Freud y una exposición de un simplismo afligente, incluso para el año 1937; pero estas cuestiones deben quedar por ahora al margen de nuestro contenido. Lo que nos interesa son las consideraciones de Marañón sobre las mujeres y en ellas encontramos los estereotipos esencialistas más conocidos: "La perpetuación en la obra, en la creación del pensamiento, es más propia del varón. La perpetuación en el hijo, es típica de la mujer" (Marañón, 1937: 62).

Además, este autor retoma los viejos clisés sobre la identificación de la mujer con el cosmos, la naturaleza, la intuición: "La madre tierra es madre, es decir, mujer. Y la mujer por ser madre es tierra viva, eslabón de la cadena creadora, que puebla los ámbitos vacíos con las vidas nuevas. El hombre vive en el cosmos; pero la mujer es cosmos ella misma" (Marañón, 1937: 73).

No hay respuesta directa a las ideas que el artículo de Marañón sostiene; en cambio, se produce un incidente, que está relacionado con la Guerra Civil española,⁷ pero que trae consigo algunas repercusiones sobre el tema de la mujer.

En el número 32, se publica una carta abierta de José Bergamín en la que reprocha violentamente a Victoria Ocampo el haber publicado un texto de Gregorio Marañón. Sin entrar en detalles sobre el conflicto de la guerra española tal como se reflejó en *Sur*, lo que debemos señalar son los pasajes que tienen relación con las mujeres y que desencadenan el mayor enojo de Victoria Ocampo al responder a las recriminaciones de José Bergamín.

⁷ Sobre las posiciones de Marañón durante la Guerra Civil y el posterior régimen franquista en el que encontró acomodo y honores, véase Blanco, Rodríguez y Zavala, 1979. Además, se puede consultar Morán, 1998.

Luego de las acusaciones de esnobismo y frivolidad, Bergamín dice:

Esas palabras [las promesas de Marañón a los republicanos] son las que debió usted, Victoria Ocampo, como otros auténticos americanos, escupirle al rostro. Y no olvidarlas con extraña complacencia —también me dicen que remunerativa— como la que suelen tener ciertas mujeres por las actividades marañonescas, más o menos pseudo científicas, conocidas con nombre peor que el que las designa como práctica habitual de la tercería (Bergamín, 1937: 69).

Estas ofensivas alusiones la llevan a contestar acentuando el parecido de la explotación proletaria con el de la mujer y desarrollando una apasionada argumentación en favor de éstas:

Lucha usted hoy, en su España, por la masa de los hombres que sólo conocen miseria, servidumbre y opresión. Está usted contra la explotación del hombre por el hombre. Sé muy bien lo que un ideal de esa categoría significa en momentos como los presentes.

Sé muy bien los sacrificios que implica. Pero, ¿se le ha ocurrido a usted jamás el pensar que ha existido y existe aún en el mundo otra explotación más odiosa que ésta: la de la mujer por el hombre? Me refiero a la posición de inferioridad absoluta en que se han visto obligadas a vivir, desde hace siglos, las mujeres, y que comienzan hoy a variar. Me refiero a las condiciones de *existencia no privilegiada* a la que el hombre las ha reducido por la fuerza en todas las clases sociales. Me refiero a la humillación de haber sido tratadas por las leyes de los hombres, durante siglos, como menores de edad, como incapaces, como insanas a quienes se les niega responsabilidad verdadera (Ocampo, 1937a: 73).

En el número siguiente, el 33, el primer artículo largo de fondo es el de Emmanuel Mounier; con el título general de "La vida privada" y desde una visión cristiana se tratan ampliamente los problemas de la familia, el niño y la mujer. Mounier, a partir de la definición de *persona* del personalismo, describe una situación que coincide con la posición de Victoria Ocampo: "Varios cientos de miles de obreros trastornan la historia en cada país porque se han dado cuenta de su opresión. Un proletariado espiritual cien veces más numeroso, el de la mujer, continúa fuera de la historia sin causar asombro" (Mounier, 1937: 11).⁸

⁸ Me he ocupado especialmente de la influencia de las ideas cristianas en la revista. Véase Pasternac, 1997, pp. 265-284.

A partir de esta afirmación, Mounier desarrolla la idea de la liberación de la mujer desde una perspectiva siempre cristiana. Ésta implica internarse en el terreno problemático, para los católicos, de la familia, sus jerarquías y la posibilidad de un cambio en las relaciones interfamiliares.

El papel de la autoridad paterna no puede ser cuestionado totalmente por un cristiano, pero de todos modos Mounier llega a un delicado compromiso entre autoridad, ley y cambio en las relaciones de la vida privada. Piensa que la familia es una "comunidad natural de personas"; no obstante, se niega a considerar las diferencias biológicas o fisiológicas de la mujer como un hecho natural. Para él, el "eterno femenino" y los "trabajos naturales" propios de este sexo no son más que manifestaciones "del egoísmo y del sentimentalismo masculinos". Y en la cuestión de lo que es exactamente "la femineidad", nos encontramos todavía, según Mounier, en "una mezcla de ignorancia desordenada y de mucha presunción".

En ese sentido, propone una serie de medidas, tanto en la vida pública como en la privada, para desarrollar esa "fuerza intacta" que representa el potencial femenino: derechos políticos, acceso completo a la educación, defensa del matrimonio por amor, protección legal para el niño y la mujer, desarrollo de la tecnología de los aparatos electrodomésticos, repartición más equitativa de las cargas domésticas entre marido y esposa, etcétera.

De este modo, también el texto de Mounier responde al conformismo y al conservadurismo de Marañón que, en su artículo antes comentado, hace elogio del matrimonio por conveniencia, como una de las salidas más adecuadas para la soledad de los seres humanos:

Teóricamente, si el matrimonio está instituido por la naturaleza, consagrado por las leyes y santificado por las religiones, para cumplir el fin primordial de tener hijos, es evidente la locura y la incongruencia de encomendar un fin tan delicado y tan difícil a la única razón, sin razón, del amor, cuyas probabilidades de acierto no son mayores que las de ganar un premio a la lotería. Por eso yo he defendido, no la legitimidad permanente, pero sí el profundo sentido biológico del matrimonio por conveniencia, siempre que esta conveniencia no sea el mero egoísmo de los cónyuges, sino la salud física y espiritual de la descendencia (Marañón, 1937: 11).

Pero la pequeña historia polémica no se detiene aquí. En el mismo número 33 en que aparece el artículo de Emmanuel Mounier, encontramos una secuela o, mejor dicho, dos, del problema de los derechos de la mujer.

En una nota breve, Victoria Ocampo revela haber recibido una nueva carta de José Bergamín pidiéndole disculpas. Ella las acepta, pero en realidad Bergamín ataca otra vez:

La suya, su verdad, y su literatura son muy otra cosa. Literatura de verdad, cuando no verdad o mentira literaria. Demasiado literaria. Como la que la lleva a usted a esa desdichada comparación feminista entre sus delicados sufrimientos de mujer secreta (sin entre comillas) y los del proletariado trabajador. ¡Qué Dios le perdone, Victoria Ocampo, esa... delicada coquetería (Ocampo, 1937b: 104).

Por supuesto, Victoria Ocampo en su respuesta lo remite al trabajo de Mounier publicado en el mismo número, subrayando bien las afinidades católicas de Bergamín y del director de la revista *Esprit*, así como las colaboraciones de Bergamín en la revista francesa. Después de este incidente no aparecerán más colaboraciones de Bergamín ni de Marañón.

En el mismo número 33 en el cual aparece el artículo de Mounier y el fin de la polémica, todavía tenemos un pequeño episodio más, relacionado con la situación de la mujer. En una sección final, "Calendario", llena de noticias breves sobre la actualidad, aparece una nota que reproduce el reportaje que *Noticias Gráficas*, diario de Buenos Aires, le hizo a Victoria Ocampo el 11 de junio de 1937, acerca del proyecto de reforma del Código Civil argentino y los derechos civiles de la mujer.

Victoria Ocampo se muestra indignada por la posible modificación del Código: "¿Pero qué opinión puedo tener y qué opinión puede tener toda mujer consciente a ese respecto? Que es monstruosa" (Ocampo, 1937c: 111). Y a continuación hace un análisis de las posibles reformas y vuelve a proponer sus soluciones.

Es importante hacer notar que *Noticias Gráficas* era un tabloide vespertino muy popular y de gran circulación, y que el hecho de que haya entrevistado a la directora de *Sur*, entre otras mujeres, seguramente indica que su figura era muy conocida y que su opinión podía contar para un medio masivo.

El último artículo que vamos a tratar, consagrado directamente al tema de la mujer, está en la antología que, una vez más, Victoria Ocampo selecciona para el número dedicado a Sarmiento.

Los fragmentos de éste sobre la mujer insisten en la necesidad absoluta de la educación de la mujer. Y aunque evoca los clisés típicos sobre el "instinto maternal" y las "disposiciones de la naturaleza" que convierten a la mujer en un ser predestinado para ocuparse de los niños, por otro lado llega mucho más lejos que la concepción clásica:

Se quiere que las mujeres no sean capaces de estudios [...] como si su alma fuese de otra especie que la de los hombres, como si ellas no tuvieran como nosotros, una razón que dirigir, una voluntad que reglar, y pasiones que combatir, ¡o como si les fuese más fácil que a nosotros desempeñar sus deberes, sin saber nada! (Sarmiento cit. en Ocampo, 1938: 12).

Y, finalmente, en una asombrosa respuesta anticipada al desmañado poema de Raúl González Tuñón que citamos al principio, Sarmiento exclama:

¡Mujeres ignorantes, no sabéis la responsabilidad que pesa sobre vuestros hombros, al desempeñar sin ciencia y sin conciencia los augustos deberes de la maternidad! ¡Cuántos males hacéis a la sociedad con las indignas caricaturas de hombres que salen, para vergüenza vuestra del regazo materno! (Ocampo, 1938: 13).

A través del análisis de la manera como se presenta el problema de la mujer en *Sur*, percibimos que es una cuestión que preocupa fundamentalmente a Victoria Ocampo y no a los otros colaboradores nacionales. Su decisión es la que hace publicar el texto de Virginia Woolf y el de Mounier; y es ella la principal protagonista de las polémicas sobre el tema.

Más tarde, en números no incluidos en nuestro *corpus*, habrá algunas otras entregas sobre el asunto; por ejemplo de María Zambrano, "Eloísa o la existencia de la mujer" (núm. 124, 1945) y "A propósito de la 'Grandeza y servidumbre de la mujer'" (núm. 150, 1947); Victoria Ocampo, "El león y el mosquito" (núm. 176, 1949); Álvaro Fernández Suárez, "La invención de la mujer" (núm. 185, 1950); Emilie Noulet, "El segundo sexo" (núm. 188, 1950); Ernesto Sábato, "Sobre la metafísica del sexo" (núm. 209-210, 1952); y finalmente, en 1970-1971, sale un número triple (326-9) dedicado enteramente a *La mujer*, que ya hemos mencionado, donde la publicación se anuncia como bianual y que curiosamente marca prácticamente el fin de la revista, aunque se continuarán editando antologías de su propio pasado y algunos números especiales de manera esporádica.

La principal pregunta que se plantea es hasta qué punto Victoria Ocampo llevó a cabo alguna aplicación de sus vehementes proposiciones de solidaridad con respecto a las mujeres escritoras argentinas (y latinoamericanas o hispanohablantes).

Por un lado, algunas autoras llamadas de la "narrativa mayor" formaron parte del conjunto del "grupo *Sur*": Silvina Ocampo, Estela Canto, las chilenas María Luisa Bombal, Marta Brunet y Gabriela Mistral (no por su narrativa sino como poeta, obviamente).⁹ Todas ellas representaban una línea que entraba perfectamente en algunos de los esquemas estéticos de la revista:

...los rasgos que proporcionan cierta homogeneidad a este grupo de escritoras y a este periodo aparecen en distintos niveles: un origen de clase y una educación similar; la adscripción a un mismo grupo literario (el de *Sur*); la publicación en los mismos

⁹ Véase Rocco-Cuzzi y Stratta, 1982, pp. 505-528.

medios de comunicación prestigiosos (*Sur*, suplemento dominical de *La Nación*); la preocupación por el estilo y el lenguaje. El cultivo del enigma, de la anécdota misteriosa recortada en las fronteras de la normalidad psíquica, de los diversos procedimientos de lo fantástico —común a casi todas las escritoras nombradas— vincula sus textos con los de otros escritores que, como Borges o Bianco, son modelos en el género. (Esa línea de lo fantástico y psicológico coexiste con otra personal y autobiográfica en la que se destacan María Rosa Oliver, Victoria Ocampo y, con características algo diferentes, Norah Lange.) (Rocco-Cuzzi y Stratta, 1982: 511).

Sin embargo, si realizamos una cuenta muy simple sobre la cantidad total de autores que publican en *Sur* en esos años, sobre todo en la década de los años treinta y los primeros de la del cuarenta, sin distinguir la importancia de la colaboración (artículo de fondo, creación narrativa o poética, nota, reseña, etcétera), descubrimos lo siguiente: sobre un total de 345 autores, sólo 30 son mujeres (incluyendo a Victoria Ocampo que participó enormemente en la revista, por supuesto). Esta cantidad nos deja por debajo del famoso diez por ciento de rigor que se ha señalado en cuanto a la cantidad de mujeres que aparecen escribiendo en las revistas literarias, publicadas en los fondos editoriales o en las antologías de literatura hispanoamericana hasta la actualidad.¹⁰

Se podría objetar que la cantidad de mujeres escritoras en la Argentina era muy pequeña entre los años 1930 y 1945, pero un breve recorrido de las historias de la literatura muestra que no es así. Sólo para la década 1930-1941, Élica Ruiz (1980: 289-312) cita los nombres de 52 autoras argentinas con libros publicados (y la lista no es exhaustiva); por lo menos uno, y en buena parte de los casos, dos o más. De esa relación sólo una (Pilar de Lusarrra, *Espejo de acero*, 1940 y *Job el opulento*, 1930) publicó un artículo en *Sur*. Y lo que es más llamativo, sobre ninguna de estas escritoras encontramos la más mínima reseña o mención en la revista.

Aunque sólo fuera para criticarlas con severidad, hubiera sido un buen ejercicio de solidaridad profesional no dejarlas fuera de la tradición y de las fuerzas que, en el interior de una cultura en formación, genera al mismo tiempo la posibilidad de los intercambios, de los reconocimientos y de los apoyos para continuar en el flujo de la escritura.

Aunque estas ausencias u omisiones son notables, la más considerable es la de Alfonsina Storni que, a pesar del reconocimiento general, nunca es mencionada en *Sur*.¹¹ Hay varios aspectos en los que Alfonsina Storni hubiera podido compa-

¹⁰ Véase sobre esta proporción Sefchovich, 1983 y Job, 1988, pp. 123-140.

¹¹ Esto no es totalmente cierto, sólo una vez es recordada marginalmente, como Horacio Quiroga, cuando se suicida, en el número 49, donde se reproduce el discurso de María Rosa Oliver en el en-

rarse (y hasta unirse) con Victoria Ocampo: ambas desafían la moral vigente (Alfonsina por la maternidad sin casamiento, y Victoria por su rechazo a un matrimonio convencional y su vida amorosa desprejuiciada), las dos escriben con vocación y participan en proyectos de revistas (Alfonsina fue muy cercana y colaboradora constante de *Nosotros*, que le dedicó un número especial en 1938, después de su suicidio); ambas utilizan el registro de lo autobiográfico en sus obras y, finalmente, también están preocupadas por la condición de la mujer.

Es probable que para Victoria Ocampo contaran más los elementos que las separaban. No sólo la clase social, pues Alfonsina era una inmigrante suiza muy humilde (aunque Victoria Ocampo no hubiera reparado especialmente en eso), sino sobre todo algo que podríamos llamar la "vulgaridad" y la "cursilería" de la poetisa, junto al éxito popular que obtuvo ante un público no demasiado intelectual y que no practicaba la lectura de la revista *Sur* ni la de los autores propuestos por sus páginas.¹² Tal vez sin las exigencias de refinamiento y cosmopolitismo tan arraigadas que Victoria Ocampo traía consigo al crear *Sur*, hubiéramos podido encontrar una coherencia mayor entre sus proposiciones sobre la expresión de las mujeres a veces tan avanzadas y la posible difusión que *Sur* habría podido dar a tantas autoras nacionales que merecerían figurar con mayor peso en una revista dirigida precisamente por una mujer. Pero esta aventura no se produjo, a pesar de su insistencia en las reivindicaciones de la mujer en general y de la escritora en particular, y así el debate reforzó su carácter artificial y limitado a la sola persona de Victoria Ocampo, y no fue propicio para generar seguidores y una discusión más amplia.

Bibliografía

Ayerza de Castilho, Laura y Odile Felgine

1991 *Victoria Ocampo*, Criterion, París.

Barrett, Michèle

1980 *Virginia Woolf: Women and Writing*, The Women Press, Londres.

tierro de Alfonsina. Condescendencia solemne acompañada de una nota de la editorial que atenúa el posible homenaje.

¹² Para un análisis de la vida, la obra y otros aspectos de Alfonsina Storni (como el de su éxito ante un público no cultivado), véase Veiravé, 1980, pp. 313-336; Etchenique, 1958; Zanetti, 1979; y Sarlo, "Decir y no decir: erotismo y represión", en Sarlo, 1988: 69-93. En este último artículo se esboza una interesante comparación entre Norah Lange, Alfonsina Storni y Victoria Ocampo, y la manera como las tres entran en la vida literaria argentina.

Bergamín, José

1937 "Carta abierta de José Bergamín a Victoria Ocampo", en *Sur*, núm. 32, mayo, pp. 67-69.

Blanco Aguinaga, Carlos, Julio Rodríguez Puértolas e Iris M. Zavala

1979 *Historia social de la literatura española*, t. 3, Castalia, Madrid.

Etchenique, Nira

1958 *Alfonsina Storni*, La Mandrágora, Buenos Aires.

Job, Peggy

1988 "La sexualidad en la narrativa mexicana 1970-1987: una aproximación", en *Mujer y Literatura Mexicana y Chicana*, 1er. Coloquio Fronterizo, El Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 123-140.

King, John

1989 *SUR. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*, Fondo de Cultura Económica, México.

Marañón, Gregorio

1937 "Soledad y libertad", en *Sur*, núm. 31, abril, pp. 61-91.

Meyer, Doris

1981 *Victoria Ocampo. Contra viento y marea*, Sudamericana, Buenos Aires.

Morán, Gregorio

1998 *El filósofo en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Tusquets, Barcelona.

Mounier, Emmanuel

1937 "La mujer es también una persona", en *Sur*, núm. 33, junio, pp. 7-32.

Ocampo, Victoria

1935a "La mujer y su expresión", en *Sur*, núm. 11, agosto, pp. 25-40.

1935b "El esbozo de una vida", en *Sur*, núm. 13, octubre, pp. 40-51.

1937a "De Victoria Ocampo a José Bergamín", en *Sur*, núm. 32, mayo, pp. 69-74.

1937b "El proletariado de la mujer", en *Sur*, núm. 33, junio, pp. 103-105.

1937c "Los derechos civiles de la mujer en la legislación argentina", en *Sur*, núm. 33, junio, p. 111.

1938 "Sarmiento y la educación de la mujer", en *Sur*, núm. 47, agosto, pp. 7-25.

Palacios, Alfredo

1942 "Protección a la familia argentina", en *Revista de Economía Argentina*, agosto.

Pasternac, Nora

1995 "Victoria Ocampo", en *Iztapalapa*, año 15, núm. 37, julio-diciembre, pp. 11-24.

1997 "Corrientes cristianas durante los años 30 en la revista *Sur*", en Yvette Jiménez de Báez, ed., *Varia lingüística y literaria. 50 años del CELL II. Literatura: Siglos XIX y XX*, El Colegio de México, México, pp. 265-284.

Rocco-Cuzzi, Renata e Isabel Stratta

- 1982 "Las escritoras. 1940-1970", en Susana Zanetti, directora, *Historia de la literatura argentina. Los contemporáneos*, t. 5, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, pp. 505-528.

Ruiz, Élida

- 1980 "Las escritoras", en Susana Zanetti, directora, *Historia de la literatura argentina. Las primeras décadas del siglo*, t. 3, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, pp. 289-312.

Sarlo, Beatriz

- 1988 *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Sefchovich, Sara

- 1983 *Mujeres en el espejo 1*, Folios Ediciones, México.

Showalter, Elaine

- 1977 *A Literature of Their Own: British Women Novelists from Brontë to Lessing*, Princeton University Press, Princeton.

Vásquez, María Esther

- 1991 *Victoria Ocampo*, Planeta, Buenos Aires.

Veiravé, Alfredo

- 1980 "Alfonsina Storni", en Susana Zanetti, directora, *Historia de la literatura argentina. Las primeras décadas del siglo*, t. 3, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, pp. 313-336.

Woolf, Virginia

- 1936 "Un cuarto propio", en *Sur*, núm. 18, marzo, pp. 46-81.

Zanetti, Susana

- 1979 "Prólogo a Alfonsina Storni", en *Antología poética*, Losada, Buenos Aires.

